

# LA NUEVA IZQUIERDA BRITANICA Y EL CONFLICTO SINDICAL

FELIPE MELLIZO

**B**LACKPOOL y Brighton son las pálidas hermanas septentrionales de Torremolinos y Marbella. Como parte de sus atractivos turísticos levemente patéticos, son también habituales sedes de congresos políticos. En Blackpool se reúne ahora el anual del Trades Unions Congress, el otrora mitológico TUC, y en Brighton, dentro de unas semanas, la Conferencia del Partido Laborista, en un instante especialmente difícil. Los dos acontecimientos están condicionados por una doble amenaza: la presencia en el poder de un Gobierno churchilliano y la crisis interna de lo que, con cierta simplicidad retórica, cabría llamar "la izquierda británica".

A corto plazo, el problema sindical es el que puede producir consecuencias políticas y económicas más llamativas. Dándole a la Historia un respiro, es el otro problema, la crisis del laborismo, el más profundo y el más atractivo para un observador alejado y dispuesto a pensar. Por supuesto, si este observador es español, deberá liberarse previamente de sus prejuicios, cuidadosamente alimentados por los pontífices derechoides de la anglofilia, algunos de ellos muy graciosos, y los también derechoides de la anglofobia.

## La guerra sindical

Durante toda la campaña electoral que precedió a su victoria, el pasado mes de mayo, Margaret Thatcher y su tabla redonda explotaron al máximo dos cómodos chivos explotarios: las Trade Unions y los "rojos". Culparon a los sindicatos de todas —y son muchas— las amarguras de la decadencia y prometieron solemnemente liquidar los presuntos privilegios de las uniones. En vísperas del mismo

dia electoral, Tom Jackson, el veterano y moderado presidente del TUC, habló largamente con este cronista y recordó que la mayor parte de los derechos sindicales puestos en entredicho derivan de leyes (actas parlamentarias) de principios de siglo y siempre promulgadas bajo Gobiernos del hoy casi extinto Partido Liberal. Eran muchas las denuncias conservadoras, pero

en esos términos provocaría una airada respuesta de las Uniones. Y así ha ocurrido. El ministro de Empleo designado por Thatcher es James Prior, no tan radical y feroz como alguno de sus cofrades. Pero, aun así, sus primeros encuentros formales con Len Murray, el secretario general del TUC, han terminado mal, al borde ya del congreso de Blackpool, y otros conspicuos

el instante en que los mecánicos de la British Leyland están en grave situación huelguística, que el pobre James Prior tuvo que cantar inmediatamente algún fragmento de la palinodia aclarando que los planes del Gobierno "no amenazan los derechos sindicales". En Blackpool, donde redacto esta crónica, los congresistas han engrasado los machetes, y es

## Anthony Wedgwood Benn

*Que prefere hacerse llamar Tony Benn, es un caso insólito por muchas razones en la vida política británica. Diputado constantemente desde 1950, jurista, productor de radio, experto en planificación científica y tecnológica, ex piloto de guerra, aristócrata por su familia y ex ministro de varios Gabinetes laboristas, es hoy el líder indiscutible del ala izquierda de su partido y se enfrenta claramente a la política más "centrista" y "posibilista" de James Callaghan. Es un socialista riguroso y, en cierto modo, doctrinario, lo que no es muy común en los niveles altos del Partido Laborista. En estos momentos ha planteado la crisis interna más seria y sugestiva de cuantas han afectado al laborismo desde los días de Mac Donald.*



tres se hicieron rápidamente populares: la dirigida contra el derecho a formar piquetes secundarios durante una huelga, la dirigida contra la obligatoriedad de pertenecer a un sindicato y la dirigida contra las decisiones de huelga tomadas por el vértice, y no por la base, de cada unión. Naturalmente, como sabe cualquier europeo medianamente despierto, esos tres principios son esenciales en la acción sindical y contribuyen respectivamente a mantener la tensión y la atención durante una huelga, a evitar las tentaciones esquirolistas y a garantizar la unidad de acción y la disciplina de la base. Jackson me dijo en aquella charla que una agresión "tory"

conservadores se han tomado la molestia de agriar más la situación. En primer lugar, se "filtró" un tenebroso informe del embajador sir Nicholas Henderson en el que se culpaba íntegramente a las Trade Unions del tremendo desbarajuste del país y de la definitiva pérdida de influencia británica en el mundo. En segundo lugar, y sólo hace unas horas, el canciller del Exchequer, Geoffrey Howe, pronunció un discurso teatral para sostener que "los derechos sindicales no son de origen divino" y para pedir, irónicamente, a los sindicalistas que "dejaran ya el mundo de los sueños". Tan mal sonaron las palabras de Howe en los oídos obreros, precisamente en

posible que se estén librando ya las primeras escaramuzas de una turbia guerra.

## La verdad

También en este país se cuecen habas. Un puchero en especial: la verdad es molesta para casi todo el mundo. Un semanario inteligente, el "New Statesman" (que, por cierto, sólo dedica un brevísimo comentario a la muerte de Mountbatten, sin tañer campanas ni enarbolar el hacha de guerra), señala en su última edición algo fundamental para la comprensión del problema: las Trade Unions son vigorosas por su tradición y su ex-

tensión, pero carecen de fuerza política para intervenir de manera decisiva en el juego económico de una sociedad capitalista. Carecen de poder político decisivo, cada vez más desvinculadas del actual Partido Laborista, "bolwilsonista", y, sin embargo, está constituido todavía, en sus niveles superiores, por moderados y centristas que no pueden sino llorar ante los errores electoralistas de Callaghan e insultar, con tanta inutilidad como acritud, a los conservadores.

La derrota económica y política del país a consecuencia de la segunda guerra mundial dejó desarbolado al tradeunionismo. Era una idea sindical para el Imperio, una idea contrarrevolucionaria con tintes amari-

enfrentamiento clasista. Sólo un movimiento político sutil o un milagro —y ya decía Callaghan que el petróleo del mar del Norte era un regalo del Todopoderoso— podrían evitar que este país termine donde otros comenzaron.

### Brighton y un hombre llamado Benn

Blackpool, pues, va a condicionar seriamente la conferencia anual del Partido Laborista de Brighton, el parque de atracciones de Graham Greene. El Partido Laborista salió maltrahado de la derrota electoral, no tanto por haber perdido el poder como por haber permitido que

más alto nivel. Callaghan heredó la tendencia, pero no el talento, aunque es un hombre personalmente honrado y laborioso. Por otra parte, con el país asediado por las deudas, los condicionamientos financieros de la Banca internacional y los fantasmas del paro y la inflación, aquí no había Callaghan que evitara el desastre. Hizo lo que pudo y, en cierto modo, su problema es el mismo que en estos momentos perturba al PSOE español: había que elegir entre ser un partido para el Gobierno o un partido para el socialismo, y Callaghan eligió lo primero, sin fortuna. Y entonces apareció un hombre llamado Anthony Wedgwood Benn, ex ministro de Industria y ex secretario de Estado para la Energía, ex piloto, ex periodista,

además, y se me perdonará la alusión personal, que Tony Benn ha sido amable, actitud no muy común entre los políticos británicos cuando se trata de un periodista extranjero y, por si fuera poco, español.

Benn anticipó la que será batalla principal en Brighton: hay una ruptura ideológica y táctica entre el partido como tal y las decisiones de su Comité Ejecutivo Nacional. Y hay una presión antidemocrática, ejercida sobre el Comité por el Grupo Parlamentario Laborista. El partido se ha convertido —y esta es otra lección que debemos atender los españoles— en un corporación gobernada por "aparatchiks", y Tony Benn, encarnando el pensamiento de cientos de miles de militantes de base, no cesa de plantear su denuncia con aspereza y decisión.

En el Comité Ejecutivo Nacional hay una vacante por cuya posesión se van a batir en Brighton los sectores centrista y derechista, por un lado, y el izquierdista por otro. Los nombres no dirán mucho al lector español, pero los candidatos de la izquierda, además de Tony Benn, son la señorita Jo Richardson y Satn Orme, ambos "tribunistas" (por la cabecera del semanario socialista que sostuvo el izquierdismo intelectual del partido bajo el mandato brillante del viejo Michael Foot). Por la derecha, los postulantes son nombres famosos de la era Wilson-Callaghan: el ex ministro del Foreign Office, David Owen, entre los más conocidos fuera de aquí.

Pero cualquiera que sea el resultado, la crisis está planteada. Benn representa una especie de nueva izquierda —nueva para los británicos— ideológicamente motivada y encaminada hacia la conquista del poder, desde luego, pero sin concesiones al "establishment". Benn llama a su idea "democracia industrial" y la basa en el cooperativismo, la gestión obrera y la nacionalización de empresas básicas. No hará falta que les añada que sus propuestas sueñan aquí tan mal como las bombas irlandesas. Pero la crónica se ha hecho interminable y dejaremos para otro día la exposición detallada del pensamiento de Tony Benn. Anoten el nombre, por si las moscas. ■

### Michael Foot



*Uno de los más influyentes líderes de la "vieja guardia" izquierdista del Labour Party. Escritor brillante, miembro de una familia ilustre (es hermano de lord Caradon y de Dingle Foot), ha sido en dos etapas director del semanario "Tribune", portavoz del izquierdismo del partido. Su edad (nacido en 1913) y su temperamento literario le impiden a estas alturas el liderazgo absoluto de la izquierda, pero aún sigue manteniendo actitudes poco usuales en el Comité Ejecutivo Nacional del partido. Dos textos suyos deben ser citados: sus brillantes ensayos sobre "Gulliver" y su formidable biografía de Aneurin Bevan.*

llos, concebida y madurada como instrumento simplemente reivindicativo: se trataba de conseguir un pedazo de la gran tarta, sin cipayos y sin mercados exteriores, la historia es muy otra, pero aquí no se dejó que naciera una veta sindical revolucionaria y ahora es tarde para evitar que nazca con la billis vuelta. Un líder al fondo de este turbado paisaje, Arthur Scargill, emperador de los mineros de Yorkshire y comunista, es ya el temido modelo. Aparecerá más en el futuro, no muy lejano. La estructura corporativista y, en ese sentido, parafascista de la vida laboral e industrial británica, está disolviéndose y dando paso a otra realidad: el

creciere un tumor —todavía no se sabe si maligno o beneficioso— en su seno. El Partido Laborista, históricamente, no fue nunca, salvo en algunas de sus individualidades, un grupo ideológico izquierdista en el sentido que daríamos a esa filiación en el continente. Heredó de los liberales cierta veta fabiana, extrajo de las Trade Unions cierta veta obrerista y, al menos desde Clement Attlee, fue adquiriendo tintes socialdemócratas y haciéndose un partido más atento a la conquista del poder que al socialismo. Con Harold Wilson, que, sin duda, ha sido el político más hábil y capaz de Europa en el último cuarto de siglo, esta tendencia llegó a su

diputado por Bristol, simpático y eternamente piedra de escándalo porque es, en verdad, un socialista convencido, un cooperativista incansable y un enemigo racional del Mercado Común europeo. Tony Benn rompe, además, otros moldes "made in Britain", porque renunció a su condición familiar aristocrática, porque siendo lo que aquí llaman "un rojo", no es un iluso ni un aventurero intelectual y porque postula por una vinculación más firme y clara entre su partido y los sindicatos. Este hombre ha roto ya la conferencia de Brighton antes de que comience, y a nadie se le oculta ya que su mirada está puesta en el liderazgo laborista. Diré,